

## VILLEGAS LOPEZ

armas stómicas, el espionaje científico, las fugas, persecuciones y condenas de sabios...», se reduce en «Calabuch» al hombre de ciencia fugitivo que acaba haciendo fuegos artificiales para las fiestas de una aldea marinera, dormida al sol, junto al mar azul y el pasar sin fin de todas las cosas, aunque esta aldea portoneces al mundo de Berlanga. La más aguda cuestión social del siglo —las reivindicaciones populares, el nivel de vida, etc.— se convierten en la fiesta de beneficencia navideña, en la capital de provincia española, con sus pobres y sus gentes distinguidos, y sus frases publicitarias de la caridad falsificada e inútil... Pero cualquier tema, sea el que sea y venga de donde venga, caído en el devorante crisol ibérico, se convierte hoy —como siempre— en algo tan genuino, con caracteres tan propicios, que solo es un asunto español cargado de valores y caracteres españoles inconfundibles. Desde este españolismo, sin espionada ni espionería —tan real o imaginario, pero verdadero—, Berlanga se dirige al mundo actual para decir su palabra de universalidad, sin la cual hoy nada tiene sentido.

## ARGUMENTOS

«Compromiso», 1943; «Cita en San Sebastián», 1944; «Los años siguientes», 1947; «Cercos de iras», 1949; «La aldea», «Familia provisional», «Un hombre vestido de negro», 1950; «El gran festival», «Cinco historias de España», 1954; «Los gancheros», 1955; «Los aficionados», «Tierra de nadie», 1956; «El autocar», «Gas en todos los pisos», 1957; «Consejo de Indias», 1958.

## PELICULAS

«Esa pareja feliz», 1950; «¡Bien venido, Mr. Marshall!», 1951; «Novio a la vista», 1953; «Calabuch», 1954; «Los jueves, milagro», 1957; «Plácido», 1961; «Las fábulas de La Fontaine», 1962.

BERTINI,  
FRANCESCA

**VERDADERO** nombre, Elena Serafini y tiello. Actriz. N. el 11 de abril de 1890, en Florencia, Italia. Hija de una modista actriz florentina, Adelaide Fatigoni, e hija adoptiva de un cantor napolitano, Arturo Vitiello. Su infancia transcurrió en Nápoles, en el pequeño mundo teatral a que pertenece; a veces, es florista en los vestíbulos de los grandes teatros. A los once años trabaja en el teatro Nuevo, de Nápoles, con la compañía de



Francesca Bertini

Serafino Renzi y el seudónimo de Francesca Favanti, en obras teatrales de ambiente popular. Se interesan por ella algunos empresarios, pero la encuentran demasiado joven para hacer de ella una actriz profesional. A los diecisiete años, en 1904, entra en el cine, llevada por Salvatore Di Giacommo, en un film corto e ignorado: «La diosa del mar». Al año siguiente la descubre Gerolamo Lo Sivio viéndola recitar en «Sabina Spina», y la lleva a Roma para incorporarla a la Film d'Arte Italiana-Pothé, filial de esta última casa francesa. Allí interviene en numerosas películas cortas, sin obtener un éxito destacado. Hace alguna aparición en films de la productora Cines, como «Rosa de Tebas», interpretada por Amleto Novelli.

El año 1912 ha de ser su revelación. El conde Baldassarre Negroni entra en la cinematografía como operador, guionista, director, técnico... según era corriente en aquellos años, iniciales del arte cinematográfico. En muy poco tiempo, con el abogado Gioacchino Medheri y el marqués de Rocca Giovane, la productora Celio Film, que lleva como primera actriz a Francesca Bertini y primer actor a Emilio Ghione. Son películas modestas, elementales: «El papagayo de la tía», «Idilio trágico», «La maestra», «Lágrimas y sonrisas», «La zona disfrutada...». En esta película, la Bertini emplea sus seducciones para desmenuzar a un espín internacional y recuperar los documentos por cuya desaparición estaba en la cárcel su marido. En «Historia de un pierrot» interpreta el papel masculino de este personaje de la Comedia del Arte, haciendo de seductor, pero con un final feliz y moro-

## VILLEGAS LOPEZ

dos de la «huerta» valenciana, pintados por Blasco Ibáñez, que representan la reacción contra un ambiente de inactividad y dinamismo. Empezó la carrera de Derecho y la abandonó; después, la de Filosofía y Letras, y tampoco la siguió. Se enroló en la División Azul y combatió un año en el frente ruso. De vuelta a España se dedica a la pintura con los maestros valencianos Ballster y Zamorano. A la vez, escribe en revistas estudiantiles, en el diario «Las Provincias», en la radio de su ciudad... El film «Don Quijote», de Pabot, constituye para Berlanga la revelación del cine y decide dedicarse a él toda una época, confusa y vacilante, de lenta formación de una personalidad, queda atrás.

En 1947, el ingeniero Victoriano López García funda y dirige el Instituto de Investigaciones y Experimentos Cinematográficas (I. I. E. C.) de la Escuela de Cine de Madrid, y en la primavera promoción entra Berlanga. Allí conoce a Bardem, y entre los dos futuros grandes realizadores españoles brota una amistad y la colaboración profesional, quizá por completarse dos caracteres bien opuestos. Aquellos años de la escuela de cine y sus primeras armas como profesional, son los mismos de Bardem, puesto que lo hacen juntos: argumentos sin salida, la productora Altamira, «Esa pareja feliz», en colaboración, la entrada en la productora UNINCI... (Véase Bardem). En esta empresa, Berlanga realiza solo la película que pensaban hacer en colaboración: «Bien venido, Mr. Marshall», escrita por ambos a fines de 1942. Obtiene un premio en el Festival de Cannes y abre el camino del cine español en el mundo, en el sector de la categoría artística, que el cine español más ha necesitado siempre. En el extranjero obtiene un notable éxito, pero en España su influencia sobre la realidad del cine es pequeña. Sin embargo, Berlanga encontrará en su camino los mayores dificultades para continuar su obra, hasta dársele, a veces, por borrar del cine nacional. La mayor parte de sus argumentos propuestos no pudieron ser filmados, o lo fueron en difíciles condiciones, o posteriormente las películas quedaron desmanteladas. Berlanga, hombre sin preocupaciones económicas, sin una lucha material por la vida, ha debido mantener una dura batalla por su obra.

«Esa pareja feliz» con Bardem —tiene la ingenuidad e indecisión adolescentes de una primera obra, pero también su espontaneidad y su gracia; más una atención hacia el hombre medio, venido del neorealismo, y que ninguno de los grandes realizadores va a perder nunca. Los principales caracteres de Berlanga están aquí. Pero la obra de Berlanga, en su conjunto, hasta hoy, tiene un aspecto muy peculiar, derivado directamente de la personalidad del autor. Su primer trabajo como director —ya solo— es una gran película, fundamental en la historia

## BERLANGA



Luis García Berlanga

del cine español: «Bien venido, Mr. Marshall». La última, por hoy, «Plácido», es una obra maestra, digna de ser una fecha decisiva en la historia del cine español. Entre ambos puntos umbrales, perfectamente claros y definidos, la obra de Berlanga marcha como un soldado laborioso de intentos, búsquedas, cambios, muchos vanos de inactividad, capaces de anular a cualquier director en esa carrera sin tregua del cine. Tres años entre «Novio a la vista» (1953) y «Calabuch» (1956); cuatro años entre «Los jueves, milagro» (1957) y «Plácido» (1961). Y entre esas películas realizadas, varios argumentos no filmados, y donde se muestra la variedad de sus propósitos y orientaciones: «El gran Festival», «Cinco historias de España», en colaboración con Zavattini; «Los gancheros», una novela rural, de J. L. Sampedro; «Consejo de Indias», cuyo protagonista era Charlot, el personaje de Chaplin; «El autocar», «Gas en todos los pisos», «Los aficionados» o «Tierra de nadie», sobre la guerra de España... Rechaza hacer «El pisito» y «El cochecito», con los que el italiano Ferreri hace dos magníficos polípticos; un error que reconoce. En la biografía y en la obra de Berlanga tanto cuentan sus películas como sus argumentos no realizados. Berlanga es, quizá ante todo, un argumentalista, un inventor de mundos y de seres. Con él han cola-

VILLEGAS LOPEZ

BERLANGA

VILLEGAS LOPEZ

BERLANGA

horado casi siempre otros argumentalistas—Soria, Martín, Collins, Neville, Bardem, Muñoz Sany, Fainoa, Azcon...; pero las películas de Berlanga tienen siempre un tema y unos personajes de Berlanga. Uno de los pocos directores en el mundo que es, a la vez, verdaderamente un argumentalista.

Este conjunto de películas, realizadas e inéditas, cobra todo su sentido y revela una orientación precisa, en función de los dos films que lo fundan: «Bien venido, Mr. Marshall» y «Picadillo».

El primero, de ambiente rural, es una película cabal, granitosa e intencionada de un pueblo-

fundo de Berlanga, su confesión más íntima; haír del mundo, como ese niño, y refugiarse en la naturaleza de la vida más simple, casi paraisiaca, bajo un cielo azul; la gran indolencia como ideal de vida, la soledad bajo el amálgamo del hombre insignificante. Casi una confesión personal, y esto pesa en el film, donde se quieren decir muchas cosas contradictorias, dispares, intimistas, «los jovers, milagros parte de una idea, propia a la gran salida y la gran temeridad—el falso milagro—», pero el film estrenado apenas es un resto de lo que se hizo. Y «Picadillo» constituye la salida de este pequeño laberinto, ondulante, intrínseco. Si en los comienzos, «Bien venido, Mr. Marshall» es la pintura

más apetecida y rápida, hasta ese alarde de precisión, seguridad y vivacidad que es «Picadillo». Todo lo cual tiene—y tendrá siempre, sin duda— un punto único de apoyo y va conducido por una sola directrix fundamental: Berlanga y su mundo.

Porque Berlanga es un artista, un creador en busca de su mundo propio. Una de sus frases favoritas es esta: «Yo y para hablar de su mundo, hablo de sí mismo, porque lo lleva dentro, y es él mismo. Quizá por este mundo mío, Berlanga tiene una personalidad singular, gran na y única. Se define: «Como subdito, soy liberal; como persona, soy cristiano; como creador, soy anarquista.» Hay un personaje, el pintor de «Calabucho», que quizá responda a como yo quisiera vivir y trabajar. Haciendo mis cosas—peliculas, por ejemplo—lentamente y a gusto, con tiempo para pararme a meditar o para no hacer nada, que es también un modo de autenticarse; peregrino, lento, mediterráneo, pero enamorado de mi profesión, y de todo aquel paisaje que justifique el esfuerzo de mirarla.

Todo un verdadero personaje español, de infinitas perspectivas, se vislumbra en estas y otras muchas frases de Berlanga sobre sí mismo. Su ideología es igualmente vaga y cierta: «No quisiera creer en ninguna violencia. Apoyo... condicionalmente todo lo que se haga en cualquier sector para mejorar la condición humana.» Como artista, algo estimo al marginar o cualquier secta, partido, asociación, comunión o grupo; por lo tanto, mi concepto de lo social es individualista, mutable y sentimental. Posición que responde a una raíz ibérica, también genética, aunque no corriente, sino excepcional: la de las grandes individualidades españolas, en una actitud muy semejante. Su generación del 98, como ejemplo inmediato. Su actitud capital es concreta: independencia absoluta, hasta la soledad y aislamiento, si es preciso. Siempre hay en él, con su obra y su vida, y en su modo de ser diario, algo de hombre perdido, de entrediego voluntario y algo inconscientemente muy contento de estar solo en su isla; pero que, de vez en cuando, tiene necesidad de arrojar una bofetada con un mensaje cifrado (Pérez Lozano).

De este sentido al margen de todo lo que nos sea sus mundos—que es su propia personalidad—brota el humorismo de Berlanga. Un humorismo sin actitud, ni sátira, ni apenas crítica, pero combativo a su modo. Humorismo suave, sonriente, tierno, emocionado, desprendido... pero amargo, como todo alto humorismo. Y cuando toca temas hondamente líbicos, se torna violento, duro—sin perder esos caracteres—como en «Picadillo». Humorismo variable, de muchas dimensiones, como su personalidad y su mundo. Sus películas suelen partir de una situación peculiar y extraordinaria, montada como un truco cómico, pero que es un reactivo para provocar la desintegración y el análisis de todo lo que hay y sucede alrededor. Y cuando esta si-

tuación inicial básica muestra su inconsistencia o falsedad, todo el mundo de Berlanga se mueve en el vacío, sin sentido, y por eso causa risa, modo de expresión del drama para el humorista.

Este punto de arranque y ataque de sus películas no es caprichoso o inventado, sino un valor fundamental de lo español; el milagro, lo mágico, lo imprevisto, que todo lo ha de solucionar. Sentido milagroso de la vida, que es la eterna esperanza de la intolerancia ibérica. Berlanga lo siente como expresión de su mundo y su personalidad, y por eso lo pone siempre como piedra clave para construir sus films. El curso en «Esa pareja feliz»; la llegada de los americanos, en «Bien venido, Mr. Marshall»; la aparición del superhéroe atomista, en «Calabucho»; el milagro religioso falsificado, en «Los jovers, milagros...» Todo va a cambiar por este hecho prodigioso, pero en realidad nada cambia, y el final es pesimista, a veces catástrofico. Aunque siempre queda en pie, íntegro, la eterna esperanza del español. Porque en los films de Berlanga está expresada la gran cualidad esencial de lo español y del español: su gran calidad humana para todo; para bien y para mal. Con ella está hecho lo mismo el secuenciuo liberto que «El no importa de España», que escriba el satírico Eyzaguirre de Santos en el siglo XVII. Pero cuando el prodigio, el milagro, se ve del revés, desde los que lo hacen—como esos gentes acomodados de «Picadillo»—ya no hay salvación; la salida se torna terrible y el humorismo llega a la tragedia, sin posibilidades. Detrás del humor de Berlanga y sus temas hay hombres y legítimos valores de lo español más puro. Siempre. Pero Berlanga no quiere exponerlos directamente, como una autología, con sus soluciones y programas de reforma. Tampoco que sus personajes toman conciencia de sí mismos y sus problemas, para comportarse según eso. Gusta vagabundear por su mundo y mostrar al espectador lo que pasa allí, y las gentes que lo pueblan para que éste sienta sus consecuencias y piense como él de todo ello. Que, al fin, es la actitud del propio realizador ante la existencia y ante sí mismo.

Todo el mundo de Berlanga está en «Picadillo», aunque alemán, por añadidura, está ahí de verdad. Es el realismo-idealismo de la mejor tradición artística española.

Estos temas líbicos, este concepto hispánico de todas las cosas, es lo que Berlanga ha ofrecido al mundo en sus films. Que son temas y valores, universales de nuestro momento, pero traducidos a lo español, real o imaginado. Todo el problema de la ayuda norteamericana a la Europa de la inmediata posguerra, el famoso y debatido Plan Marshall está visto en una aldea española líbica, con sus pequeños problemas, rivalidades, carencias, sueños, esperanzas, pobreza y dura realidad. La tremenda cuestión—vida o muerte para la Humanidad entera—de las



Una escena de «Bien venido, mister Marshall»

cito castellano, lejos de todo y encerrado en sus propios límites. Una vida oscura, mediocre y atravesada, se mantiene de incógnitas sueltas quijotescas. Babilonia a la primera ocasión y convierten la aldea en un pequeño país de locos, que serían una quimera de prosperidades regadas. Todo lo esperan conquistado con una fiereza en honor de los americanos, la fiega española como piedra filosofal de todas las cosas. Es así el antipoda de las grandes películas del cine humano, desde «El hombre de Arima, de Pirahery» a «La isla desnuda», de Slido, «Bien venido, Mr. Marshall» es el poema del antihéroe y del insalvable ensueño hispanico, desde Don Quijote.

Novio a la vista resume los recursos cómicos y la facilidad de descripción del realismo: fina película, un tanto maltrata por exigencias de la productora. «Calabucho» es el ensueño pro-

rural, y está hecha con gracia y despreocupación, con intenciones de farsa pura, «Picadillo» es la descripción exacta, perfecta y dura de la clase media española en su desquite de la vida provincial. Si aquel es el alborz emanado de prosperidad venido de un mundo lejano, este es ya el drama de la caridad como expresión de distinción social, que no sirve para nada. Ambos son la salida del menor esfuerzo y de la fiereza. Allí, una sonrisa, aunque amarga; aquí, ya implacable, seca, sin piedad para nadie, hasta el dolor y la protesta. «Picadillo» pone de manifiesto, así, el enorme camino recorrido por Berlanga, aunque cada film de ese itinerario no lo muestre en particular. Y el sentido general de su obra, que el futuro ha de perfilar, acensar y desarrollar. A tono con ello, su estilo es ligero, claro, desprovisto de apariencia y cuidando en verdad, pero sin apenas veras y menos marear efectismo. Se va haciendo cada vez